

Quizás el emperador Fernando llegó á temer que su hijo se hiciera protestante de veras, porque despues de haberle amonestado bondadosamente le mandó despedir á Pfäuser. Maximiliano obedeció, pero quedó con su maestro espiritual en correspondencia, empleando una escritura en cifras. En el verano del año 1560 llegó la tirantez entre padre é hijo á tanto, que este último concibió el proyecto de huir para librarse del rigor de su padre y de la influencia del partido católico. A este efecto dirigióse á los príncipes protestantes, con los cuales tenia relaciones de amistad, á los electores del Palatinado y de Sajonia, al duque de Wurtemberg y al landgrave de Hesse solicitando su consejo y en caso de mayor opresion su auxilio. Contestáronle los primeros en términos corteses y benévolos; el duque Cristóbal le ofreció asilo en su territorio, y el conde del Palatinado Federico III le escribió que le recibiría con los brazos abiertos si su padre le desterraba, y que le prestaría su auxilio en caso de amenazarle peligro de parte de los católicos.

Significativo es para la opinion que se tenia de Maximiliano que justamente entonces corrieron voces de que este príncipe se había sometido á la voluntad de su padre en la cuestion religiosa. La verdad es que en este concepto ninguna confianza inspiraba el hijo del emperador, como se hizo patente cuando el obispo Hosius llegó á Viena, porque tan luego como hubo hecho conocimiento con el príncipe, le hizo cambiar de opinion. En efecto, Maximiliano declaró entonces al embajador español, conde de Luna, que tenia intencion de hacer educar á su hijo mayor como español, es decir, que queria hacerle educar en los principios católicos. Solo se mantuvo firme en la cuestion eucarística y declaró que antes de comulgar segun el rito católico, preferia abstenerse de la comunión, si bien prometió solicitar del Papa el permiso de comulgar en ambas formas. Así lo hizo por medio de una embajada que envió á Roma en otoño del año 1561, todo sin perjuicio de escribir desahogos protestantes al duque de Wurtemberg.

Por mi parte me inclino á creer que no fué falta de valor lo que indujo á Maximiliano á mostrarse tan informal, sino la idea ó creencia innata é inculcada desde la cuna de que un rey de Romanos y futuro emperador y además Habsburgo debía ser católico fidelísimo. Este sentimiento tradicional no excluía un interés verdadero por la doctrina nueva, y de ahí que en sus cartas á amigos protestantes se desahogaba como suele suceder á las personas vivas que manejan la pluma con facilidad y que sienten realmente lo que escriben en un momento dado, pero que, pasado éste, varian á la primera ocasion.

Se comprende que no costara mucho al obispo Hosius, secundado por el emperador, reducir al variable y en realidad superficial príncipe al redil de los creyentes. Bastó que su padre le hiciera notar que los Habsburgos españoles quedaban reducidos á dos individuos, el rey Felipe y su hijo el enfermo y débil Carlos, sin probabilidad de que ni aquel ni éste llegaran á perpetuar la raza; de suerte que Maximiliano debía de heredar infaliblemente en un plazo mas ó menos largo la monarquía española, y ni la corona real de España ni la imperial de Alemania podían ser llevadas por un hombre que no fuese buen católico. A estas razones añadió el padre la amenaza de despojarle de todos los honores y grandezas que le había concedido, y entonces el hijo le declaró que ya se había convencido del error en que vivían los protestantes y que opinaba que la mayor parte se convertiría cuando sus eclesiásticos cesaran de darles mal ejemplo.

Desde entonces volvió á ser Maximiliano hijo obediente de la Iglesia; tomó parte en las procesiones, ofrendas y de-

más actos solemnes del culto católico, de los cuales se había tenido alejado algun tiempo; también admitió en calidad de predicador de palacio al excelente y acérrimo católico, el obispo Urbano de Gurk, y si continuó comulgando en ambas formas, fué para demostrar que si era buen católico, lo era como persona ilustrada.

En febrero de 1562 declaró solemnemente á los enviados de los príncipes electores eclesiásticos reunidos en Praga «que queria vivir y morir como sus mayores, hijo obediente de la Iglesia.»

Treinta años despues Enrique IV de Francia abandonó su fé religiosa para ceñirse la corona de Francia, y con este sacrificio devolvió á su patria arruinada la paz y la union; mas para Maximiliano no había necesidad de sacrificar su conviccion religiosa (se entiende si realmente estaba convencido de la bondad de la doctrina reformista), pues que ninguna ley mandaba que para ser emperador de Alemania fuera necesario ser católico, y si lo desearon y reclamaron así los príncipes electores eclesiásticos, es también seguro que los otros príncipes laicos y protestantes no le habrían negado su voto si Maximiliano se hubiese declarado francamente protestante. En cuanto á la masa del pueblo alemán un emperador protestante habría sido para él una fortuna incalculable, pues en lugar de ser causa de guerra interior habría consolidado la paz.

Lo que no quiso hacer Carlos V cuando el parlamento estableció en 1555 la paz religiosa, pudo haberlo hecho con inmenso beneficio de la nacion y del imperio Maximiliano, á saber: convertir la causa del protestantismo en causa nacional; pero Maximiliano era para esto demasiado superficial, y cuando hubo llegado el momento de decidirse, solo se acordó de que era Habsburgo. Sabia que tenia asegurada la corona imperial con tal que se mostrara fidelísimo hijo de la Iglesia romana, y esto le bastaba; pues estando seguro de los votos de los príncipes electores de Sajonia y Brandeburgo no tenia que hacer para asegurar su eleccion mas que contentar á los tres príncipes electores eclesiásticos; cuanto mas que su eleccion tenia la aprobacion de todos los magnates alemanes en general. Solo el príncipe elector del Palatinado, Federico III, empezaba á oponer dificultades ya en la primavera del año 1561, por el temor de que la dignidad imperial llegara á ser hereditaria en la casa de Austria. En efecto, elegido Maximiliano, sería éste el quinto emperador de la familia y casi en línea directa, siendo además ya entonces la familia de Habsburgo la mas poderosa en toda la Alemania, y si, como era probable, heredara la corona de España, se podría hacer dueño absoluto de Alemania y entonces los príncipes y demás magnates del Imperio se convertirían de amos en súbditos. «Respecto de la persona de Maximiliano nada hay que objetar,» dijeron Federico III y sus consejeros, «sino que no se saben sus verdaderas intenciones tocante á la cuestion religiosa.» A esto añadía Federico que para atender á las quejas de la nacion sería mejor que la dignidad imperial pasara á otra familia.

Cuando Federico III vió que los otros príncipes electores estaban ganados para la causa de Maximiliano, cedió también, pero bajo la condicion de que éste firmara una capitulacion en la cual se obligara entre otras cosas á no molestar á los miembros del Imperio con el concilio romano, á mejorar y vigorizar la paz y la libertad religiosas, á no perseguir á ninguna de las religiones protestantes con el pretexto de ser sectas, y finalmente á no solicitar el auxilio de los turcos sino solo en caso de verdadera necesidad, y entonces á no pedir auxilio en dinero, sino solo en hombres. Sin embargo, prescindiendo de estas observaciones, fué elegido Maximiliano rey de Romanos unánimemente por los príncipes elec-

tores en Francfort en 24 de noviembre de 1562, y el dia 30 del mismo mes juró el recién elegido la capitulacion con pocas modificaciones con el acostumbrado ceremonial católico.

La posicion de Maximiliano era desde el primer instante falsa porque había contraído compromisos con los católicos y con los protestantes; á estos últimos, particularmente al príncipe elector de Sajonia, Augusto, y al duque Cristóbal de Wurtemberg, había asegurado por escrito que si llegara á ser elegido rey de Romanos profesaria públicamente la religion protestante; pero al ser elegido juró, segun era costumbre, que sería servidor sumiso y fiel de la Iglesia romana.

Inútil es decir lo que fué para la nacion alemana un jefe an informal y egoísta. Su reinado se diferenció poco del de su predecesor respecto de la política exterior, que era mezquina por demás hasta en los momentos mas importantes, pues aunque en todo alrededor de Alemania estaban conmovidos los pueblos mucho mas que en tiempo de Fernando, por ningun lado mostró Maximiliano energía, ni resolucion, ni valor, ni siquiera tenia patriotismo alemán; de modo que le faltaba todo, hasta la voluntad, de excitar á los que representaban la nacion alemana, los magnates territoriales, á acciones enérgicas y nacionales. No le pasó por las mientes aprovechar los sucesos que conmovían la Francia para reclamar los tres obispados perdidos, ni le ocurrió asir la ocasion que le ofrecia la insurreccion de los Países Bajos contra la tiranía española, para restituir al Imperio alemán aquel país que siempre había formado parte del Imperio; y á pesar de todas las instancias de los príncipes alemanes no quiso intervenir en aquel territorio en favor del pueblo tiranizado por el duque de Alba. Los clamores de auxilio de los alemanes de las provincias bálticas tampoco fueron atendidos, ni en general ningun interés nacional alemán; y si tomó las armas contra los turcos fué porque peligraban los dominios de la casa de Austria mas todavía que los intereses alemanes. Al fin la gran campaña que contra el sultan Soliman, el terror del Occidente, emprendió Maximiliano no dió mas resultados que la pérdida de Sigeth, tan heroicamente defendida por Zriny, y una paz vergonzosa que dejó en poder de los turcos las plazas mas importantes de Hungría y obligó al emperador á pagar como su padre un tributo anual al sultan. Maximiliano no cesó de pedir á los alemanes en todos los parlamentos auxilio contra los turcos y los magnates se lo concedieron continuamente en abundancia, pero jamás volvíó á emprender la lucha contra el enemigo de la cristiandad, ni cuando se aliaron contra él España, Venecia y el Papa, ni despues de haber alcanzado los aliados la victoria de Lepanto.

A pesar de haber resultado una fortuna para Alemania su separacion de la monarquía española, no dejó Maximiliano de trabajar con el mayor empeño para preparar la reunion de ambas coronas, y sin parar mientes en que su primo y cuñado, el rey Felipe II, era el enemigo declarado de la libertad religiosa, y el adalid implacable del catolicismo, envió á sus hijos á Madrid para hacerlos educar allí. Despues cuando la muerte de la tercera esposa dejó á Felipe II otra vez viudo en 1568, no paró Maximiliano hasta hacerle contraer cuartas nupcias con su hija Ana añadiendo á su condicion de cuñado la de yerno. Con este enlace y la muerte del infante don Carlos pareció asegurada á Maximiliano ó á sus hijos y descendientes la sucesion en el trono de España y la reconstitucion del Imperio de Carlos V; y si antes había atendido Maximiliano solo á los intereses de los Habsburgos, mas lo hizo en adelante. Habiéndose extinguido en 1572 con la muerte del rey de Polonia Segismundo Augusto la descendencia masculina de los Jagellones, no perdonó Maximiliano medios hasta que le interrumpió la muerte para agregar la corona de aquel reino á las que tenia ya la familia

de Habsburgo, y como esto solo se podia lograr con el apoyo del Papa, se hizo entonces mas que nunca servidor de Roma. Una de las facciones polacas había elegido ya á Maximiliano y éste había ya firmado el convenio que se le había presentado, cuando la muerte libró á la Alemania de este emperador y de la triste suerte de precipitarse en una guerra de sucesion enteramente ajena á sus intereses.

Lázaro de Schwendl calificó perfectamente á Maximiliano II y á su gobierno, cuando escribió que toda la nacion



WAHRE ABBILDUNG
M. MATTHIÆ FLACII
ILLYRICI, THEOLOGI. 1574

alemana había recibido á este emperador con júbilo, porque había mostrado desde muy jóven un corazón franco y verdaderamente alemán, pero que desde que no intervino en los Países Bajos para poner coto á aquellos horrores, se vió que mas atendía al interés de los potentados extraños que al del Imperio, y fué aumentando la desconfianza en uno de los dos partidos, sin que fuese posible hacerla desaparecer en el otro. «Fácil será, añadía, que suceda algo que cual ráfaga súbita inflame el fuego que arde oculto.»

Pasemos ahora á examinar la situacion interior del Imperio y veamos lo que allí se hizo en el reinado de Maximiliano.

DISCREPANCIAS ENTRE LAS DOCTRINAS PROTESTANTES

Para hacer de Alemania un imperio protestante habría sido menester que el protestantismo se conservara sano, robusto y lozano; mas no fué así, pues desde muy temprano empezó á enfermar de mas de un desarreglo interior, y esta fué otra

de las causas que contribuyeron al lamentable sesgo que con desconsoladora rapidez tomaron las cosas en Alemania.

Admitido el principio reformista del sacerdocio de todos los cristianos, correspondía que la parroquia formara la base de la Iglesia u organización religiosa y á ella correspondía velar por la disciplina, administrar los bienes de la Iglesia y la elección de los párrocos. El cargo de párroco hacia del que lo ejercía un servidor de la feligresía. Estos principios, sin embargo, solo fueron adoptados en la Iglesia calvinista; allí donde prevaleció la doctrina luterana no tuvo muy pronto ninguna ó tuvo muy poca intervención en la Iglesia la parroquia, cuyo papel era pasivo, y se limitaba á recibir los sacramentos y la bendición. Era, como dice el reglamento (ó ley eclesiástica) del Mecklemburgo del año 1570, «la plebe, á la cual toca obedecer al que gobierna.»

El gobierno de la Iglesia estaba enteramente en manos del soberano territorial que era, según Lutero, á la vez el miembro principal de la Iglesia y por necesidad el supremo obispo. La consecuencia de esto fué que en Alemania la Iglesia protestante, en lugar de ser una comunidad unida, se descompuso en un gran número de Iglesias territoriales, porque tanto los usos como la doctrina recibieron casi en cada territorio modificaciones especiales, y estas diferencias influyeron mucho en las rivalidades de las muchas familias soberanas grandes y pequeñas. El particularismo territorial de Alemania fué en adelante político y religioso; los soberanos hicieron el papel de teólogos; pero los teólogos se consideraron los verdaderos creadores del nuevo Estado político y religioso de Alemania, y representantes de la opinión pública donde la mayoría había adoptado la doctrina protestante, y ya no se contentaron con el papel que en la Iglesia les concedía el principio reformista, sino que pretendieron ser los directores y dueños espirituales de la comunidad y de los soberanos como lo era el clero católico donde su religión dominaba. Para conseguirlo como lo consiguieron dieron importancia capital á la parte dogmática de la religión, y desde entonces la doctrina cesó de ser simplemente el medio de engendrar la fé y de dar lugar por medio de la fé á una vida santa, y se hizo medio de granjería. Las fórmulas sencillas, cortas y claras de la profesión de fé cedieron el puesto á la ortodoxia dogmática con sus oscuridades difusas, voluminosas é ininteligibles para los legos en teología. Estos tuvieron que admitir y profesar estas profesiones de fe laberínticas, y á los teólogos, que eran los eclesiásticos, tocaba decidir si el adepto de tal ó cual doctrina protestante era ortodoxo ó hereje, si sus pecados merecían ser perdonados ó condenados. La libertad religiosa se convirtió desde entonces en esclavitud, la ortodoxia se puso en el puesto de la fé, y en lugar de un sacerdocio de todos los cristianos, se formó un clero luterano, compuesto de teólogos creyentes y celosos, pero pedantes, autoritarios y ambiciosos; una casta que por su grosera petulancia de erudición y de inteligencia infalible se hizo mas repugnante, mas opresora y brutal que el clero católico.

Lutero había sentado los cimientos sobre los cuales se podía construir una nueva Iglesia, pero él no la construyó. Habíase elevado muchas veces en sus doctrinas y escritos á la mayor altura; otras veces habíase mostrado muy corto y por demás tenaz y obstinado, y también había sostenido en la árdua lucha reformista principios contrarios y abandonado tácitamente otros que había sostenido antes.

Lo que importaba, sin embargo, era que muerto el gran reformador continuara su obra y se estableciera sólida y decididamente en la práctica la doctrina. Este trabajo emprendió Melancton y desde otro punto de partida Calvino.

Al primero faltaron las cualidades que dominan y cautivan

los ánimos, que los obligan por decirlo así á entregarse á discreción, cualidades que constituyeron la fuerza irresistible de Lutero, la voluntad inflexible, la ejecución brutal, el empuje, el ardor en la lucha y la confianza impertérrita en la santidad de su causa. Melancton, alma blanda y timorata, al lado de Lutero, roturador brutal, parecía un jardinero pacífico, manso, enemigo de contiendas, que siembra, planta y riega; carácter atento y sensible, pensador delicado, conocedor erudito de la Biblia como de los autores antiguos, en fin un verdadero literato, un humanista. Todo su afán era dar á la religión nueva una organización dogmática y hacer de mediador entre las diferentes escuelas reformistas, para lo cual era muy á propósito á causa de la mayor amplitud de sus principios dogmáticos; de suerte que hasta creyó posible un arreglo con la Iglesia católica, y también lo intentó postergando su misión de reformador y olvidando lo que debía á Lutero su difunto amigo y compañero.

Lutero rechazó siempre inflexible toda discrepancia de su doctrina, y detuvo con puño fuerte toda extralimitación; pero muerto él, salieron á la superficie las oposiciones que no solamente no temieron al blando Melancton, sino que en vista de sus tendencias mediadoras y conciliadoras apelaron á la autoridad suprema de los escritos de Lutero. Se formó, pues, así una religión luterana ortodoxa, autoritaria, petrificada, que consideraba cada palabra, cada escrito del reformador como única norma ortodoxa, que no necesitaba ni desarrollarse ni completarse; religión que condenó la doctrina de Melancton por ser la luterana falseada y herética y que la atacó con una violencia que nada tenía de caridad cristiana.

A la cabeza de estos luteranos petrificados estaba Matías Flacio, llamado el Ilírico, que había nacido en el año 1522 en Albona, en Istria, y desde 1544 era catedrático de lengua hebrea en Wittenberg. Muy joven, era un verdadero pozo de ciencia, de una actividad y laboriosidad incansables y de una energía brutal. Es autor de obras de historia eclesiástica apreciadas todavía hoy, y que son vastos almacenes de erudición y testimonio de una laboriosidad asombrosa. En extremo fanático é intolerante, estaba siempre dispuesto á batallar y atacar las opiniones contrarias.

En 1549, teniendo 27 años, acompañado de varios compañeros suyos que como él no quisieron someterse á la interinidad, pasó de Wittenberg á Magdeburgo, punto de reunión de los predicadores expulsados de sus puestos á consecuencia de la interinidad, y desde Magdeburgo abrió su campaña contra Melancton con motivo de la misma interinidad acordada en Leipzig bajo los auspicios de Melancton, porque hacía concesiones al catolicismo permitiendo usos católicos, pero sin importancia dogmática ninguna, llamados adiaforos. Esto pareció á Flacio y á los ortodoxos una traición hecha á la religión nueva; porque, decían, toda concesión en estas cosas sin ningún valor para la salud de las almas, es perjudicialísima precisamente porque la religión católica las considera necesarias para la salvación. Con este motivo y el de la interinidad salieron de Magdeburgo muchos libelos contra los teólogos del príncipe elector de Sajonia, Mauricio, llamándolos mameucos, renegados y apóstatas.

Esto produjo una excisión profunda en la iglesia reformista alemana, joven todavía, y esta excisión continuó cuando había cesado la interinidad por el convenio de Passau.

La animosidad de los protestantes se concentró principalmente en los dos puntos capitales en que desde el primer momento de la reforma los protestantes todos habían disentido de la Iglesia católica, á saber, las doctrinas de la justificación y de la comunión. En ambas disintieron ya Lutero y Calvino, y Melancton disintió de Lutero. La corriente teo-

lógica de aquella época hizo que estas diferencias adquiriesen una trascendencia política que llegó á ser funesta; por lo pronto produjeron la enemistad entre las líneas albertina y ernestina de Sajonia, y la cuestión de la comunión fué causa del aislamiento del Palatinado.

Lutero había declarado que las llamadas buenas obras no eran necesarias para entrar en la gloria. En esto se colocó en el terreno de san Agustín, que enseña que el pecado original constituye la sustancia del alma humana, y desde este terreno había sostenido Lutero que únicamente justifica al hombre la fé. Melancton fué mas léjos que Lutero, del cual discrepó diciendo que el hombre no puede alcanzar su justificación y el perdón de sus pecados sin hacer esfuerzos de su parte, manteniéndose pasivo como un zoquete de madera, sino que debe buscar la gracia de Dios; porque en el hombre existía una fuerza cooperadora que había de ponerse en acción ejecutando obras realmente buenas, fuerza que debía darse á conocer en toda la conducta del cristiano. Al mismo resultado, es decir, á la necesidad de una conducta virtuosa y de una vida santa, había llegado Calvino por otro camino.

Muchos discípulos y adeptos de Melancton defendieron la doctrina de su maestro, entre otros su antiguo colega Jorge Major, decano inspector de las iglesias del condado de Mansfeld, que publicó en 1552 un escrito en el cual trataba de probar que las buenas obras eran necesarias para entrar en la gracia de Dios, buenas obras como las pedía Melancton, hijas de una vida virtuosa y santa, sin que esto significara que el hombre pudiese por esto merecer por ellas su justificación, porque solo le justificaba la divina gracia que no podía alcanzarse sino por la fé. Productos de la fé son las buenas obras, decía, y por eso son éstas indispensables; ó en otros términos: no hay vida cristiana posible sin conducta virtuosa.

En 1555 publicó Juan Pfeffinger, decano inspector de Leipzig y discípulo de Melancton, un escrito sobre el libre albedrío, en el cual defendió la doctrina de la justificación de su maestro.

Los luteranos ortodoxos declararon estas opiniones heréticas, papistas y traidoras á la religión pura; y se entabló una controversia como la que había suscitado el adiaforismo, en la cual se gastó muchísima tinta, hubo invectivas y los señores teólogos se trataron mutuamente de asesinos, forajidos, pillos, fornicadores, bestia babilónica, vagabundos, cuervos que graznan sentados en la horca y otras cosas por el estilo mezcladas de argucias y sutilezas que apenas tocaban la cuestión principal y que eran ininteligibles para el público. Los ortodoxos llegaron hasta sostener en el calor del debate que las buenas obras eran impedimentos para alcanzar la gloria, lo que hizo decir á Melancton: «La posteridad quedará pasmada al contemplar un siglo en que tales barbaridades encontraron aplauso.» Flacio capitaneó en esta guerra á los luteranos ortodoxos.

Mas ardientes fueron las controversias que originó la cuestión de la comunión, á la cual los grandes reformadores habían dado ya mucha importancia, pero discrepando entre sí, bien que estaban acordes en que la manera de darla la Iglesia católica y el sentido en que la entendía debían ser abandonados. Todos querían la comunión en ambas formas, y ni Lutero, ni Zwinglio, ni Calvino admitían la transubstanciación; pero en este punto discrepaban completamente. Lutero sostenía que Cristo estaba corporalmente presente en el pan eucarístico con el cual el creyente le recibía para perdón de sus pecados, pero no supo formar una opinión clara sobre la manera de estar unido el cuerpo de Cristo con el pan, si bien rechazaba la creencia de que el sacerdote fuese el que efec-

tuara la transformación. Alguna vez había explicado la presencia material de Cristo en la comunión con su ubicuidad por participar de la naturaleza divina, de modo que estaba también presente en el pan y el vino eucarísticos; pero esta manera de explicar la presencia corporal de Cristo en el sacramento de la Eucaristía no valía mucho mas que la explicación católica romana. Al rechazar el milagro de la transubstanciación debía rechazarse también el misterio ó la incomprendibilidad. Bien examinado, había muy poca diferencia entre querer que la comunidad crea el milagro de la transformación del pan en el cuerpo de Cristo y querer que crea la inexplicable ubicuidad permanente del cuerpo de Cristo y que el cristiano le introduce en el suyo al comulgar.

La opinión de Zwinglio difería tanto de la católica como de la luterana, porque rechazaba toda presencia corporal del Salvador en el pan y vino eucarísticos que para él solo representaban el cuerpo y la sangre de Cristo. Reemplazaba el milagro de la transubstanciación de los católicos y el enigma de la ubicuidad luterana por el sentido simbólico. Para Zwinglio la comunión era una conmemoración de la muerte del Salvador.

El mérito de haber desarrollado y profundizado el dogma del sacramento corresponde á Calvino y Melancton. Aquel tomó posición entre Lutero y Zwinglio, tomando parte de las doctrinas del uno y del otro. Según Calvino, el cuerpo y la sangre de Cristo se comunican al hombre en la comunión espiritualmente de tal suerte, que mientras el cristiano introduce en su boca el pan eucarístico penetra el Salvador en su alma. Melancton adoptó esta explicación y dijo que este sacramento, recibido con la fé que salva, era el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor. Los adeptos de Zwinglio adoptaron también la explicación de Calvino, y Melancton, para poner de acuerdo en este importante punto las dos grandes ramas protestantes, modificó el artículo décimo de la profesión de fé de Augsburgo, en la «Variata» del año 1540, en tales términos que la fórmula de la comunión que contenía dicho artículo podía ser aceptada por los luteranos y por los calvinistas. Melancton partió en esta modificación del punto de vista de que en una profesión de fé debía constar principalmente la idea fundamental común y profesada por todos. La fórmula primera se encuentra redactada en el texto mas antiguo de la famosa declaración de fé de Augsburgo en estos términos: *quod corpus et sanguis Christi vere adsint et distribuuntur vescentibus in cœna Domini et improbant secus doctes* (que el verdadero cuerpo y sangre de Cristo estaban presentes en el pan y vino eucarísticos y como presentes se administraban á los creyentes en forma de pan y vino). La modificación de Melancton estaba redactada así: *quod cum pane et vino vere exhibentur corpus et sanguis Christi vescentibus in cœna Domini*.

Calvino aprobó esta fórmula de Melancton y declaró en diferentes ocasiones que concordaba en lo esencial con la suya, y por la misma razón firmó en 1541 la declaración ó profesión de fé de Augsburgo, del año 1540, llamada la *Variata*.

Lutero también aprobó en alguna ocasión la fórmula de Melancton y dejó por cierto tiempo descansar su controversia con los suizos sobre el sacramento de la Eucaristía; pero en los últimos años de su vida, extenuado por el trabajo, delicado de salud é irritable, volvió á desahogar de nuevo su rencor, durante largo tiempo comprimido, en imprecaciones contra los «que comulgan con pan y vino profanos sin el cuerpo y sangre de Cristo, y por los cuales no debería orarse por ser mentecatos, enemigos del sacramento (de la Eucaristía), asesinos de almas y embusteros.» Poco antes de morir confesó á Melancton que había ido demasiado lejos en la cues-

tion del sacramento; pero instado por él á confesar esto públicamente en interés de la unidad de la Iglesia protestante, se negó á ello diciendo que «con esta retractacion haria sospechosa toda la doctrina protestante,» si bien no se le ocultaba que «las puertas del infierno, el papado, el turco, todo el mundo, la carne y todo lo malo no podrian perjudicar á la religion evangélica tanto como la habia perjudicado la desunion de sus adeptos.» Melancton al lamentarse de estas divergencias dijo que «si pudiese verter tantas lágrimas como agua llevan el Elba y el Weser no bastarian para calmar su dolor.»

La *Variata* de 1540, con el artículo referente á la comunión, fué aceptada por todos los partidos como la profesion de fé primera de Augsburgo, completada, interpretada y aumentada, y como tal fué usada y respetada desde el año 1540 hasta 1561 en casi todos los parlamentos y demás actos públicos. Puede tenerse, sin embargo, por muy cierto que ni las masas ni los príncipes luteranos se habian hecho cargo de las diferencias sutiles de la doctrina eucarística, y que nadie dudaba ser tan buen luterano con la segunda como con la primera profesion de fé. Tambien puede admitirse como cierto que si se hubiese dejado al pueblo protestante la decision entre las diferentes opiniones, no habria habido discusion alguna, porque cada uno habria comulgado entendiendo el sacramento á su manera, sin cuidarse de como la entendiese el que tomara la comunión á su lado. Esta fé sencilla y piadosa no contentó á los teólogos de oficio, pedantes obstinados. Querian disputar y buscaron distinciones sutiles en lugar de contentarse con la concordancia en la parte fundamental; y aunque Lutero y Melancton habian procurado no hacer públicas las disensiones en esta cuestion, á fin de no introducir la division y la discordia en la comunidad protestante, no lo hicieron así sus discípulos y adeptos, los cuales suscitaron una contienda escolástica, pedantesca y autoritaria, en la cual ninguna parte tenian ni la religion, ni la fé, ni la piedad, ni el porvenir de la Reforma. En esto se mostró la nacion alemana como siempre, capaz de dar una gran embestida y de alcanzar un gran triunfo, pero incapaz de conservar lo alcanzado y de hacerlo fructífero. La primera embestida de la reforma religiosa habia puesto al alcance del pueblo aleman una Iglesia alemana y hasta la union nacional, pero vinieron los pedantes, los teólogos, y sembraron en la nacion la discordia religiosa y con ella la nacional y política. Los mas culpables fueron los partidarios de Lutero, los ortodoxos fanáticos, ciegos é incapaces de comprender en su esencia la obra de su maestro. Lutero era su ídolo, cuyos escritos, segun ellos, debian observarse á la letra, sin que hubiese nada que añadir ni quitar. El cambio fué fatal para Alemania donde la teología reemplazó á la religion.

Ocioso seria entrar aquí en los pormenores de la lucha que estalló entre los protestantes, y con ardor particular en el Norte, donde se lanzaron anatemas desde los pulpitos, hubo libelos y delaciones cobardes y rencorosos, que sembraron la desunion, y estallaron odios entre los habitantes de ciudades como Hamburgo, Bremen y otras. Tambien se introdujo la discordia en el Palatinado, y engendró consecuencias por demás funestas para toda la Alemania en general.

A esto contribuyó mucho la suerte que tuvo el luteranismo rígido de encontrar asilo seguro y proteccion oficial en uno de los Estados de Alemania, donde pudo vigorizarse lo necesario para continuar con más fuerza y rudeza que antes sus ataques contra Melancton y sus partidarios. Juan Federico, ex elector de Sajonia, fué quien habiendo recobrado su libertad, pero no su dignidad de elector, acogió en el terri-

torio que le habia quedado (la Turingia) al luteranismo rígido; fiel á la historia de su familia, que era la que mas habia hecho en favor del protestantismo, la que habia poseído á Wittenberg y habia protegido á Lutero, perdiendo por esta causa la dignidad electoral y la mayor parte de sus dominios. Juan Federico murió en marzo de 1554, y sus hijos heredaron de él el odio á la línea albertina de su casa y la esperanza de recobrar la dignidad electoral, los territorios y el poder perdidos. Su hijo mayor, Juan Federico II, que sucedió á su padre en el gobierno, no desperdició ocasion alguna para perjudicar á su pariente el elector Augusto, jefe de la línea albertina de la casa ducal de Sajonia; y teniendo este príncipe relaciones de amistad y parentesco con el rey de Dinamarca, entró Juan Federico en relacion con Suecia, la rival de Dinamarca en el Báltico, y con el rey Enrique II de Francia y los Guisais, que á la sazón eran todopoderosos en la corte de Francia y enemigos de Dinamarca y de la Sajonia electoral. Así en el centro de Alemania la ciudad de Weimar, corte de Juan Federico, fué el centro de una vasta oposicion ramificada sobre toda la Europa y dirigida contra la casa de Habsburgo, la línea albertina de Sajonia y la Dinamarca. Esta oposicion dió á conocer su importancia temible por lo pronto en la lucha por el dominio del Báltico.

El joven duque Juan Federico, relacionado ya desde algun tiempo con los nobles descontentos de Franconia, y unido con ellos, desobedeció más adelante al emperador Maximiliano, amigo personal del elector de Sajonia Mauricio; y como éste lo mismo que la mayoría de los soberanos más importantes de Alemania era entonces partidario del protestantismo conciliador de Melancton, su primo, Juan Federico se declaró por el luteranismo rígido, sin que esto le impidiera buscar la amistad del rey de Francia y de los Guisais, perseguidores feroces de los hugonotes.

El padre de Juan Federico habia concebido la idea de crear en Jena una universidad para que sirviese de centro al protestantismo luterano, ya que la universidad de Wittenberg habia pasado con la ciudad y los territorios electorales á ser propiedad de la línea albertina de Sajonia. Juan Federico, el hijo, llevó á cabo la idea de su padre, pero no con ánimo de hacer la guerra á Melancton y á sus partidarios, porque ofreció á este reformador conciliador un puesto distinguido en su nueva universidad; y solo cuando Melancton rechazó el ofrecimiento, llamó el duque á los luteranos ortodoxos en 1557, Juan Wigand, Mateo Judex, Simon Musaeus, Flacio, cuyo nombre era conocido ya entonces en toda la Alemania, y otros, todos adversarios enérgicos y temibles de Melancton. Asimismo confió los pulpitos mas importantes de su territorio á los adeptos de Flacio.

Así se fué haciendo la Turingia la ciudadela del luteranismo ortodoxo, mientras en el resto de Alemania iba prevaleciendo la corriente intermedia representada por Melancton.

ACTITUD DE LOS PRÍNCIPES PROTESTANTES

El partido protestante con sus contiendas interiores se redujo por sí mismo á la impotencia cuando las circunstancias exigian más que nunca su union estrechísima. Nada se habia decidido todavía respecto de su relacion con los partidarios del Papado, pues en la resolucion del parlamento del año 1555 se habia reservado «el arreglo de la religion dividida» para mejor ocasion; y si se atiende á la circunstancia de ser caso enteramente nuevo la coexistencia en un mismo país de varias religiones, se comprenderá que la division religiosa habia de parecer á muchos, y principalmente á los gobernantes, un suceso efímero, y la reconciliacion entre las

opiniones divorciadas cosa muy posible. Se habian visto en el siglo anterior otras excisiones nacionales en el seno de la Iglesia única, que se habian hecho desaparecer por medio de concilios generales, y era muy natural que se creyera que un concilio arreglaria tambien esta vez las diferencias. Mas esto era imposible en las circunstancias de entonces, cuando habia sido elegido papa en mayo de 1555, con el nombre de Paulo IV, el restaurador de la Inquisicion Juan Pedro Caraffa, el papa más intolerante, tiránico y cruel que se ha conocido, y el mayor enemigo de toda especie de herejía. Paulo IV sofocó con rigor implacable hasta las tendencias algo liberales en el seno de la Iglesia romana. Odió mientras vivió á la casa de Habsburgo, y no reconoció ni la abdicacion de Carlos V ni la eleccion de Fernando I. A pesar de sus ochenta años, trabajó con fuego juvenil é indómito en el restablecimiento del poder universal y absoluto del Pontificado, y no era posible que semejante Papa, que queria ver aniquilados y exterminados á todos los herejes, se prestara no á un arreglo pacífico y amistoso entre el catolicismo y el protestantismo, sino ni siquiera á la convocacion de un concilio general solicitado á voces por el mismo mundo católico romano para la reforma de muchos abusos. Pablo IV entendia que el mundo cristiano debia ser gobernado por decretos papales y no por resoluciones de concilios.

No quedaba, pues, otra alternativa á Fernando I y á los potentados católicos del Imperio que alimentaban la esperanza de un arreglo entre la Iglesia católica y los protestantes, que renunciar á la convocacion de un concilio general, reclamado ya por Carlos V, ó aplazar la reunion hasta despues de la muerte de Paulo IV. En vista de estas circunstancias, el parlamento de Regensburg del año 1557 resolvió intentar un arreglo entre los partidos religiosos por medio de una conferencia como se habian celebrado ya otras en los últimos tiempos, «si bien lo mas propio seria confiar esta mision á un concilio cristiano general libre é independiente.» Para lugar de la conferencia se fijó la ciudad de Worms, y el 24 de agosto de 1557 para el día de la reunion, reservándose el parlamento, al cual habia de ser comunicado el resultado de la conferencia, la resolucion definitiva.

Esta disposicion del parlamento tenia una trascendencia muy grande; era nada menos que otro paso dado para librar á la Alemania en asuntos religiosos y eclesiásticos de la intervencion de Roma, pues que el Imperio, ó sea sus representantes, se encargaba, como en 1555 cuando se resolvió la paz religiosa, de restablecer la union religiosa de la nacion alemana sin dar participacion al Papa. El Imperio se consideraba por lo mismo (1) con derecho y capacidad para arreglar por sí solo é independientemente sus asuntos eclesiásticos.

No estuvieron los representantes del Imperio de acuerdo en otro punto; los potentados protestantes pidieron la anulacion inmediata de la reserva eclesiástica, y como los católicos y mas que nadie el rey Fernando rechazaron esta pretension, los protestantes declararon que se consideraban libres de aquella reserva. Con esto quedó poco menos que imposibilitado todo arreglo entre las dos religiones.

Sin embargo, y á pesar de los teólogos protestantes afanosos de sembrar discordias y odios, habia muchos soberanos protestantes que comprendian la necesidad de presentarse todos unidos; querian sostener con buen éxito sus derechos, y por lo mismo se consideraban con razon los representantes legítimos de la union en el campo protestante. Muchos de ellos, y á su cabeza el príncipe elector, Oton Enrique del

(1) Se entiende inconscientemente. El autor se olvida siempre de hacer semejantes observaciones, que dan á la cosa su aspecto verdadero. (N. del T.)

Palatinado, Felipe, landgrave de Hesse, y Cristóbal, duque de Wurtemberg, tuvieron una entrevista en Francfort á fines de junio de 1557 para adoptar una actitud comun en la conferencia de Worms, y convinieron en tomar por base la Sagrada Escritura y la profesion de fé de Augsburgo, y en dar tregua á todas las disensiones interiores del partido hasta la reunion de un sínodo protestante general que á su tiempo se convocaria.

Esta determinacion excitó el furor de Flacio, que la calificó de traicion á la Iglesia; era, decia, poner las tinieblas en lugar de la luz. Flacio queria que figuraran entre los documentos que habian de servir de base los artículos de Smalcaldá (2), y le indignó la omision de las discrepancias de la doctrina de Lutero, que debian haberse enumerado y condenado en el programa, segun este luterano fanático. Sin perder tiempo escribió una réplica furibunda que circuló solo en manuscrito entre los teólogos de su partido, y en la cual Flacio trataba á los firmantes del programa adoptado en Francfort de traidores y apóstatas, diciendo que no tenian mas objeto que tapar la boca á los defensores celosos y de buena fe de la religion contra los lobos voraces, pero que Dios les daria su merecido el día del juicio final.

Los teólogos turingios que debian tomar parte en la conferencia de Worms recibieron una instruccion inspirada por Flacio, que les encargaba insistir en que al lado de la Biblia y de la profesion de fé de Augsburgo fuesen tambien admitidos como símbolos de la fé protestante los artículos de Smalcaldá; que fuesen además enumeradas y condenadas una por una todas las herejías nacidas en la Iglesia evangélica, y si la conferencia no atendia á estas reclamaciones, que rompiesen los diputados todas las relaciones con los demás conferenciantes.

El duque Juan Federico de Weimar al dar estas instrucciones á los teólogos que por la Iglesia de Turingia debian tomar parte en la conferencia de Worms quiso hacerlas adoptar por todos los protestantes á fin de que de acuerdo entre sí pudiesen hacer frente al enemigo con todas las fuerzas unidas; pero esta union solo era posible agrupando todas las fuerzas alrededor de los puntos capitales en que todos los protestantes estaban de acuerdo, y no condenando como él hacia desde luego á cuanto discrepaba de la opinion de Flacio. El duque Cristóbal de Wurtemberg suplicó por lo mismo al de Weimar que desistiera de sus exigencias extremadas, y tuviera presente que en aquel caso solo se trataba de defender contra los papistas la profesion de fé de Augsburgo con la Sagrada Escritura y de derribar con ella al Papado. Añadió que despues de la conferencia podrian los potentados protestantes reunirse para establecer la concordia que debia reinar entre cristianos. Estas razones nada pudieron contra la influencia de Flacio; y el duque de Weimar mantuvo sus instrucciones.

Los protestantes tuvieron una reunion preparatoria antes de la apertura de la conferencia de Worms, y en esta reunion preparatoria los enviados de Weimar leyeron sus proposiciones con una lista de las herejías, entre ellas la de la interinidad y la calvinista, que habian de ser condenadas. Melancton, que se hallaba presente, comprendió que el tiro iba dirigido contra él, y dijo que la condenacion de las sectas era la mutilacion voluntaria de la fuerza del partido protestante que seria celebrada con grandísimo júbilo en el campo papista. La mayoría de la asamblea fué de su opinion, pero á pesar de esto los enviados de Weimar, obedeciendo las ór-

(2) La profesion de fé redactada por Lutero en Wittenberg, 1536, y que desde el año 1558 adquirió entre los luteranos valor de escrito simbólico. Consérvese el manuscrito original en la Biblioteca de Heidelberg. (N. del T.)